

ya se lo he contado á vd., eduqué á una y me abandonó despues, con toda y que era mi sobrina.....

—¡Ah! ¿quién podrá asegurar que la infeliz no gime al verse desterrada de la presencia de su tia, y que no suspira por el momento de verse llamada de nuevo y estrechada en sus brazos?

—¡Nunca! ¡nunca!..... Le ruego, Sor Teresa no me hable vd. de ella, su recuerdo me molesta..... la aborrezco mucho.....

—¡Oh! No, señora, es vd. demasiado piadosa para eso y estoy segura de que su corazón desmiente lo que dicen los labios; por otra parte, yo sé que ya mil veces le ha concedido vd. el perdon, y.....

—¡Yo!..... ¡la he perdonado yo?..... ¿qué capaz!..... no la he querido ni volver á ver desde que se casó.

—Pues no ha rezado vd. una sola vez el *Padre Nuestro* sin haber protestado delante de Dios que la perdonaba de todo corazón.

—¿Cómo es eso?..... ¿qué quiere vd. decir con eso?.....

—¿Qué es lo que ha querido vd. decir siempre que ha repetido estas palabras de la ora-

cion dominical; «Perdónanos vuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores?»

—¡A y! Sor Teresa, eso me hace estremecer..... ¡Dios mio! no habia yo comprendido bien el verdadero sentido de esa peticion..... Así, desde hoy, yo perdonaré á todos..... perdono á la Sra. Chevalier, pero siempre quiero no volverla á ver.....

—Cuidado, señora, no sea que Dios le diga á vd. algun dia otro tanto.....

—Pero, si no sé lo que ha sido de ella; además, cómo, yo que fui la ofendida, he de dar los primeros pasos? y aun cuando lo quisiera hacer, no me sería posible, pues no sé ni donde está, ni si vive todavía.

—Señora, Dios no pide imposibles, se contenta solamente con que vd. tenga una disposicion sincera de perdonarla, de volverla á ver y de volverla todo su cariño, si alguna vez se lo pide con merecimiento.

—¡Ah! Sor Teresa ¡mi cariño! eso no debo hacer nunca; porque la desgraciada mujer, á quien eduqué con tanto empeño en la religion católica, ha apostatado para casarse en segundas nupcias con un ministro protestante.....

—Y, como puede vd. creer, señora, que una sobrina que vió durante su juventud, tantos ejemplos de virtud cristiana, como vd. la daba, haya podido olvidar hasta ese punto los verdaderos intereses de su alma? No, eso no debe ser más que una calumnia infame, inventada sólo para ponerla en mal con vd., y yo exigiría pruebas irrecusables, antes de creer que ella hubiese abjurado su fé.

—Segun la defiende vd., Sor Teresa, debe vd. sin duda conocerla.

—No he dicho yo eso, señora; pero ahora estoy haciendo aquí el papel de abogado de la justicia.

—Vaya, buena hermana, no hablemos ya de esa infeliz jóven que me ha dado tantos pesares; yo la perdono, pero lo que es mi afecto y mi cariño no lo volverá á tener, hasta que no esté yo bien segura de que no ha apostatado. Eso sí, Sor Teresa.

Ahora volvamos, le ruego, al primer proyecto de que hace poco me habló vd.; me agrada bastante, y si vd. conoce alguna huerfanita tal como yo la deseo, no tendré dificultad en que se venga conmigo, y en adoptarla después, en

caso de que sepa corresponder á la benevolencia que la tendré; na

—Pero, señora, ahora que oigo que tiene vd. una sobrina, no podré, en conciencia, contribuir á que quede sin su herencia.

—No, no la desheredaré por completo, aunque creo que ha de estar bastante rica para no necesitar de mis bienes; la dejaré la mitad en muestra del perdon que la concedo y la otra mitad será para mi hija adoptiva si se hace digna de ello.

—Muy bien me parece. Entónces pronto le prestaré á vd. á mi pobrecita protegida; tiene un genio muy dulce, muy juiciosa é inclinada á la piedad; vd. misma podrá apreciar bien sus cualidades. Su madre, que en otro tiempo tuvo proporciones, pero que se halla arruinada por una quiebra, la dió una educacion tan sólida como brillante; toca y canta muy bien.....

—Tanto mejor, á mi me gusta mucho la música.

—Pues le tocará á vd. cuanto guste: lee con perfeccion, traduce bien varios idiomas, y hará todo lo que á vd. le agrade, pues todo su gusto es complacer á cuantos la rodean.

—¡Vaya! Es una verdadera maravilla.

—Si, pero tambien su madre, es tan buena.....

—Me ha inspirado vd. mucho deseo de conocer a esa niña; pero tal vez no se ha de poder acostumbrar a sufrir a una vieja.....

—¡Oh! no! en eso no veo obstáculo; más bien en su madre, cuyo unico consuelo en la tierra es ella. Mucho trabajo la ha de costar separarse de su hija.

—Dígala vd. para decidirla á hacerlo, que yo me encargaré del porvenir de la niña, y que la asignaré á ella una pension corta, porque no es posible más.

—Es negocio difícil; pero por el bien de vd., y sobre todo de mi protejida, voy á hacer cuanto pueda.

—Qué buena es vd. y Sor Teresa, si se consigue que venga la niña, dígame vd. á su mamá que podrá venir á verla siempre que quiera.

—No hará uso de ese permiso; cierta especie de vergüenza la impide salir; su miseria es demasiado reciente para que tenga valor para mostrarla en público. No sale más que á la Iglesia y á vernos á nosotras.

—¿Es muy desgraciada?

—Si no lo fuera tanto, ¡cree vd., señora, que pensara yo en arrancarle á su hija?

—Entonces la niña irá á visitarla todas las semanas; y llévela vd., Sor Teresa, agregó, dándome unas monedas de oro, llévela esto, y sea lo que fuere de lo demás, haga vd. que acepte esta pequeña limosna, esa infeliz señora por quien siento que me intereso ya mucho..... A ver si mas adelante la podemos sacar de la triste situacion en que se halla. Y ¡cuando vuelve vd. con la niña!

—Muy pronto, si tiene buen éxito mi negociacion.

—Pero, Sor Teresa, no me ha dicho vd. ni la edad ni el nombre de la niña.

—Tiene catorce años y se llama Susana Leroux; Leroux, no es su verdadero apellido, es preciso advertírselo á vd.; pero por ciertas razones que mas adelante aprobará vd. misma, si alguna vez puedo dárselas á conocer, se vé obligada su madre á ocultar su verdadero nombre.

—Bien, bien; siempre es bueno respetar los secretos de familia.

Me recomendó despues mucho que procurase activar la verificacion de nuestros proyectos, y

me despedí muy contenta, como tú comprenderás, para ir á casa de la Sra. Chevalier, que ignoraba completamente, que yo estuviera trabajando en su reconciliacion con su tia. Le referí todos mis pasos en ese asunto, y al llegar al resultado, se halló entre sorprendida, gozosa y apesadumbrada, por la idea, anticipada de la separacion de su hija. Con todo, se resolvió á ella con la esperanza de que su hija, se habia de captar fácilmente todas las simpatías de la Sra. Béchar, y conseguiria por fin hasta que ella misma volviese á ocupar su antiguo lugar en el afecto de su parienta, por quien ha conservado los mas vivos sentimientos de ternura, de respeto, y de gratitud. Siempre dispuesta á excusarla, la he oido decir muchas veces: Si no hubieran logrado sorprender la religion de mi tia, no me hubiera desterrado de su casa; peca por mal entendido amor á lo bueno; su corazon es excelente, su juicio es el que ha errado.

Susana no puso la menor dificultad en prestarse á lo que deseábamos: dotada de una energia muy superior á sus años, sabrá plegarse perfectamente á todos los caprichos de su tia abuela, y será el ángel de paz que afirmará

una reconciliacion solida entre su madre y su anciana parienta.

Sin embargo, la idea de abandonar á su madre la hizo derramar algunas lagrimas, que me apresuré yo á enjugar, diciéndola que el sacrificio que iba á hacer, tendria la doble ventaja de ser muy agradable á Dios y útil para la salvacion de la Srita. Béchar.

¡Oh! si! estoy segura que esa amable niña hará cuanto esté de su parte para hacer desaparecer todo resentimiento del corazon de su tia abuela, porque obrará más bien por motivos de piedad que de interés. Su madre me contaba ayer, que hace algunas semanas la encontró bañada en lagrimas á los piés de su Crucifijo; y que preguntándola el motivo de su llanto, la respondió Susana: "¡Ah! madre mia, estaba yo rogando á Dios por mi tia; porque aunque no la conozco, estaria inconsolable si supiera algun día, que habia muerto sin consentir volver á ver á vd. y bendecirnos; acabo de leer la historia de Saprício, que no quiso perdonar á su amigo San Nicéforo; y la manera con que Dios castigó su endurecimiento, me ha hecho estremecer. ¡Ay! el odio que alimentaba en su corazon, le hizo perder la corona del martirio;

apostató infelizmente, y Nicéforo recibió la palma que parecia pertenecer ya á Saprício.”

Convendrás que mi Susanita, no discurre tan mal para sus pocos años. Así que pase Navidad la llevaré á presentar á la Sra. Béchar, y espero que pronto se verán reunidas bajo el techo de la tia abuela, la madre y la hija.

Mientras tanto no ceses de pedirle á Dios el buen éxito de esta gran empresa, queriéndote como siempre.

Tu antigua amiga

Sor TERESA.

CARTA XXXI.

Paris, Hospital de San Luis.

Estamos en plenos dias de carnestolendas, querida Carolina, y mis enfermos, alhagados con la esperanza de irse á divertir con el Carnaval, se han figurado estar casi todos en convalescencia, y han querido abandonar mi sala, que por ahora se halla casi vacía; así, no teniendo mucho que hacer, aprovecho la ocasion para platicar contigo y repetirte el desenlace de mi pequeña historia Béchar y compañía.

A los dos dias de Navidad, como te lo habia yo anunciado, presenté á Susana á su tia abuela, quien quedó tan enamorada de ella, que no queria dejarla ir, y solo condescendió con la condicion de que volveria muy pronto á que darse con ella.

Eso se verificó dos ó tres dias despues, y la jo-